

Ciclo de cine sobre violencia en Colombia, Buenos Aires, Ciudad de Buenos Aires, 2014.

La Colombia Afro: muerte y duelo sin sus Gualíes, Alabaos y Levantamiento de tumbas.

Díaz Jiménez, Rosa Matilde.

Cita:

Díaz Jiménez, Rosa Matilde (2014). *La Colombia Afro: muerte y duelo sin sus Gualíes, Alabaos y Levantamiento de tumbas. Ciclo de cine sobre violencia en Colombia, Buenos Aires, Ciudad de Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/matilde.diaz.jimenez/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pDf9/Xuq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La Colombia Afro: muerte y duelo sin sus Gualíes, Alabaos y Levantamiento de tumbas.

Muchas comunidades afrocolombianas han sido víctimas de masacres, desapariciones forzadas, asesinatos y destierros, es ineludible preguntarse cómo se afectaron las prácticas rituales y los duelos por las dinámicas de la violencia (1). Entonces surgen algunas preguntas: ¿se ven afectadas las prácticas fúnebres tradicionales y los procesos de duelo cuando se trata de muertes violentas?, ¿qué retos se nos impone como sociedad ante la presumible alteración de esos duelos?, ¿cómo contribuir en la tramitación de lo traumático que trae aparejado la violencia?, la importancia de la pregunta se redobla cuando los métodos empleados por los actores armados imposibilitan la práctica de los ritos que las comunidades tradicionalmente realizan para despedir a sus deudos y viabilizar el duelo.

Sin la pretensión de arribar a respuestas acabadas sobre estas cuestiones, se ofrecerán en el presente escrito algunos conceptos conexos que permitan una mejor aproximación a estos asuntos.

El proceso de duelo

En “Duelo y Melancolía”, Freud (1917) define el fenómeno del **duelo** como la *“reacción ante la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente como la patria, la libertad, o un ideal”*, lo aborda como una respuesta esperable y necesaria ante un evento que instala un vacío irrefutable. (2) Señala que **los rasgos que muestra el duelo son: desazón profundamente dolida, cancelación del interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad de amar, e inhibición de toda productividad.**

Para el sujeto, este proceso resulta dispendioso porque su aparato psíquico se resiste a aceptar la pérdida que prefiere aferrarse a la estabilidad, al orden y a la ilusión de inmutabilidad.

Además, en el caso de la muerte de un ser amado, está obliga al sobreviviente a despojarse de algo de sí mismo, de lo que configuraba su vínculo con el difunto, cuestión que constituye una experiencia desgarradora. Cualquier persona que haya experimentado la muerte de un ser amado puede atestiguar que ante un evento semejante su integridad psíquica y física parecía desmoronarse.

Por la complejidad del asunto, puede ser que el sujeto precise de un auxilio externo, como son las ceremonias fúnebres. Por su modo de configurarse aquellas permitirían establecer lo que Freud denominó, *prueba de realidad*. Es decir, un apoyo que permite constatar que alguien se ha ido y que no volverá a estar presente en su cotidianidad, al menos no del mismo modo que antes de morir. Este proceso entonces posibilitaría la elaboración de la experiencia y la re-organización del orden simbólico alterado.

En el plano comunitario, la muerte de uno de los integrantes del grupo viene a confrontar a todos con su ineludible destino; la desaparición física. Las pérdidas humanas también perturban el orden social, pues quien fallece ocupaba un lugar concreto en el mismo. Entonces se requieren acciones que posibiliten instaurar un espacio para contener en el plano del *nosotros* la angustia que produce la idea de la muerte, al igual que la comisión generada en los vínculos entre iguales. Todo esto se hará mediante actos de solidaridad y apoyo mutuo.

A modo de síntesis, puede afirmarse que la función del duelo es preservar la integridad psíquica de los afectados por la ausencia de la persona que ha fallecido, tanto como, recomponer la unidad del grupo de pertenencia, reafirmando su continuidad.

Los ritos fúnebres como posibilitadores del duelo

Siguiendo a Aullé (1998), *“La actividad ritual suele desarrollarse en los momentos trascendentales de mutación de la existencia individual o colectiva y nace de nuestras propias emociones. Ritualizar consiste en traducir esas emociones en un relato”* (3). Es así que, el lugar vacío dejado por el difunto si bien no puede rellenarse jamás, sí puede ser bordeado mediante un relato construido colectivamente. La autora citada además afirma que *“La eficacia es un elemento característica del ritual funerario, según el discurso manifiesto, los símbolos que lo definen y estructuran tienen como finalidad guiar al difunto, prepararlo y disponerlo para su destino definitivo. No obstante, en el discurso latente su finalidad es otra porque el ritual sirve para controlar lo aleatorio, lo episódico y para apaciguar la angustia que nos produce el cadáver y la idea de la muerte”*.

El rito instala una escena en la que se llevan adelante una serie de actos. Por una parte, el cuerpo de la persona que falleció suele ser preparado, previo a la ceremonia. Limpieza, vestimenta y colocación predeterminada pueden hacer parte de esta preparación. Luego, el cuerpo es expuesto en el centro del grupo, atestiguando así que la vida se ha apartado del integrante de la comunidad. El dispositivo instalado permite que se vaya tejiendo una trama discursiva que ha de alojar en el tejido grupal lo imposible de tolerar de la muerte.

La ceremonia facilita la socialización de la pérdida, la hace pública y participativa. Permite representar la ruptura mediante actos de homenaje al difunto. Esta práctica debe prevenir y curar, aliviar la sensación de culpabilidad de las personas vivas, reconfortar y también revitalizar. (4)

En las colectividades negras este proceso, además, facilita la operación consistente en la integración del difunto en el cuerpo de los ancestros. En su cultura, las personas muertas no se pierden totalmente, ellas pasan a integrar otro plano de la realidad y siguen estando presentes e interviniendo en el mundo de los vivos.

Por ejemplo en el departamento del Chocó son las mujeres cantaoras quienes despiden a las almas. “Con sus cantos, que suenan a oraciones y plegarias, le dan el último adiós a los

que se parten de este mundo. Las mujeres son compañía espiritual para el difunto que se va hacia la nada y también para la familia que se queda en tierra con todo. Con el dolor y la ausencia de una pérdida” (Nota de la Radio Nacional de Colombia, 8 de octubre de 2019).

Estos *rituales* son propios de las comunidades afro del Pacífico Colombiano como los **gualíes, alabaos y levantamientos de tumba**. Se trata de prácticas declaradas en 2014 como Patrimonio Inmaterial de la Nación.

Los gualíes son cantos para acompañar a los niños que fallecen. Según la tradición, cuando un niño muere los ángeles lo reciben en el cielo libre de todo pecado. **Su partida es una ceremonia alegre**, por eso entonan cantos donde suenan romances, bailes, arrullos, rondas, rimas para ayudarlo a despedirse de este mundo material.

Los alabaos se practican ante la muerte de una persona adulta. Consiste en el despliegue grupal de cantos tristes, que suelen ser *a capela*, y busca ayudar a asegurar el paso del difunto a la eternidad. “Son cantos a varias voces, se realizan durante el velorio y el novenario, hacen alusión a los santos y en ellos también se habla sobre las características del difunto. Es un canto muy humano porque denota el dolor, el miedo es un canto religioso, de ritual, dirigido a Dios a través de las voces humanas” (Radio Nacional de Colombia...).

La comunidad, con esta práctica ancestral se reafirma, busca aliviar el gran dolor que deja la muerte. Es un ritual que une a los que se quedan en la tierra con los que trascienden, reafirmando el valor de la cultura afro en el Medio San Juan.

También se practica un velorio en el cual se rezan tres rosarios en tres momentos distintos hasta el amanecer, lo que da cuenta del sincretismo religioso afro. La comunidad pasa en vela y a lo largo del velorio se reparte comida y bebida, a la par que suenan los alabaos. Durante la vigilia, en medio de lágrimas y congojas, el rezo del rosario y los cantos, se van entrelazando.

El levantamiento de tumbas es la despedida definitiva. Se inicia con una novena que dura nueve días y termina con el entierro. Las personas se reúnen al atardecer, sobre las seis, durante los primeros ocho días, hacen los rezos especiales y acompañan al muerto un rato más, antes de volver a sus casas. “El día nueve es el más importante y el de mayor afluencia porque es el adiós definitivo” (Radio Nacional de Colombia).

Las muertes violentas en las comunidades negras y los procesos de duelo

La violencia propia del conflicto sociopolítico y armado ha afectado de modo distinto a cada sector de la sociedad colombiana. Es preciso reconocer entonces los impactos diferenciales sobre las comunidades aquí referidas, especialmente en lo que atañe a la relación de los vivos con los muertos.

Desde la década de 1990, en el contexto de la apertura económica de Colombia al libre comercio y el mercado global, el departamento del Chocó adquirió importancia

estratégica en las agendas de los gobiernos de turno. La zona se define, entonces, desde tres perspectivas: *“En primer término, la región del Pacífico es considerada como una zona productora de materias primas; en segundo lugar, se asume como una plataforma privilegiada para acceder a los mercados de la cuenca internacional (por su ubicación geoestratégica); y en tercer lugar, es reconocida por el inmenso potencial extractivo de recursos biológicos dada su rica diversidad”*. (5)

El Estado colombiano es responsable por acciones y omisiones de centenares de muertes y desapariciones forzadas de pobladores del Chocó ocurridas en medio de las disputas por el territorio. Pero, más allá del análisis jurídico y político sobre las responsabilidades de estos crímenes, es necesario volver a ubicar las preguntas acerca de los duelos por esas muertes y su efecto en la cultura de estos colectivos.

La sistematización del acompañamiento psicosocial realizado por parte de la facultad de trabajo social de la Universidad Nacional de Colombia a los pobladores afectados por la masacre de Bojayá, brinda algunas pistas al respecto. La tragedia ocurrió el 2 de mayo de 2002 durante una confrontación armada entre un grupo paramilitar y la guerrilla FARC-EP, enfrentamiento que pudo ser evitado por las autoridades del Estado (tanto civiles como militares), pues la incursión paramilitar fue oportunamente denunciada. En estos hechos murieron alrededor de 100 personas que se refugiaban en una iglesia que fue alcanzada por una pipeta de gas, lanzada por la guerrilla. A partir de entonces, casi todos los pobladores abandonaron la zona por un tiempo prolongado.

El equipo de trabajo de la Universidad Nacional de Colombia pudo establecer que *“la violencia destruyó no sólo el templo y las casas, se llevó a quienes cantaban”* es decir, a los protagonistas de los ritos fúnebres. También se encontraron con relatos que señalaban cómo, en medio del caos instalado por este acontecimiento, *“No hubo posibilidad de velar a los muertos..., no se hicieron los alabaos y gualís tradicionales, no se permitió el tiempo necesario para la despedida. Tampoco fue posible el entierro, los muertos no han terminado de identificarse, no se han nombrado y por lo tanto, no han podido marcar la tumba con una lápida o un árbol que les permita fundar el lugar donde pueden ir a conversar con sus antepasados. Están enterrados donde no debe ser, puesto que los muertos deben volver a la tierra de donde nacieron”*. (6)

La perturbación de los duelos, antes descripta, también es agudizada porque quienes murieron no pudieron ingresar al mundo de los ancestros, en tanto que *“el lugar que el muerto ocupa en la colectividad no puede ser ocupado plenamente si éste no está en paz”* y no está en paz si no se cumple el ritual de paso requerido para ello. (7)

Los relatos de los integrantes de la comunidad son contundentes, las vidas arrebatadas de modo violento generan desconcierto en el mundo de las representaciones, afectan el modo en que los vivos se relacionan con los muertos. También altera y pone en jaque los modos habituales para hacer frente a las pérdidas.

Viabilizar los duelos inconclusos

Distintos estudios se han aproximado a las consecuencias de la violencia en Colombia sobre los sujetos y los colectivos, no obstante, resta aún mucho por decir y proponer a favor su elaboración. En lo atinente a los duelos acá referidos, si los rituales han sido imposibilitados y afectadas sus funciones, habrá que buscar nuevos medios que posibiliten cumplir con las tareas obstaculizadas, más allá de lo que los directamente afectados resuelvan al respecto.

En cuanto a las vidas segadas, quizás es necesario hablar de ellas, no negarlas y sobre todo inscribirlas en el relato de la historia reciente del país. Las personas que han fallecido a causa de la guerra merecen ser entendidas como ancestros de toda la sociedad y no solo de sus directos deudos. Aquellas claman ser referidas con nombres y apellidos. Los duelos suspendidos requieren también ser acogidos desde distintos lugares, inscriptos de diversos modos en las narrativas sociales.

Así mismo, si las ceremonias fúnebres en tanto escenarios con actores y actos que resultaron postergados, merecen la instalación de nuevos dispositivos que compensen los primeros. Una tarea primordial es conocer en mayor detalle en qué consisten estas prácticas rituales, así mismo, es menester el rescate y la difusión de los modos tradicionales de entender la muerte por parte de los afro-colombianos; danzas y cánticos incluidos. Todo ello se constituye en un desafío para los estudiosos de diversas disciplinas y la propuesta creativa desde el arte.

-
- 1) Los afrodescendientes representan, según cifras oficiales, el 10,6% de la población colombiana.
 - 2) Freud, Sigmund, “Duelo y Melancolía”, Obras Completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1998.
 - 3) Allué, Marta, “La ritualización de la pérdida”, Anuario de Psicología, 1998, vol. 29, N° 4, Facultat de Psicologia, Universitat de Barcelona, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 1998.
 - 4) Thomas, Louis-Vincent, *Rites de mort. Pour la paix des vivants*. Fayard, Paris, 1985.
 - 5) Bello, Martha; Martín, Elena y otras, *Bojayá, Memoria y Río*, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2005.
 - 6) *Ibíd.*, p.63.
 - 7) *Ibíd.*, p. 64.